

el que habia bajado del carruaje, y le dijo en voz baja:

—¡No te olvides de mi querida madre, ni de llevar á Clotilde mi último adios si muero.

CAPITULO IV.

Continuacion del cuaderno.

La hermosa Inés se sentó á cenar llena el alma de alegría y de impaciencia. De alegría, porque existia el hombre á quien amaba y habia juzgado muerto; y de impaciencia, porque anhelaba ver lo que contenia el resto del cuaderno.

Clotilde advirtió el contento de su hermosa protectora, y lo atribuyó á alguna buena nueva con respecto á Leopoldo, bien agena de pensar de que en aquel instante quizás, caía sin vida á los piés de su odioso rival.

Alzados los manteles, Inés se retiró á su

cuarto, se encerró en él, sacó del cajon de su cómoda el cuaderno que besó mil y mil veces, y continuó la lectura de esta manera.

“Dia 23.—Cuando ayer desperté al ruido de la puerta del sueño delicioso en que yacía, me encontré con el hombre que me habia hecho prisionero, y cuyo nombre nadie me habia querido decir: venia en compañía de otro de barba larga, con quien me dejó, saliéndose él á poco: yo creí que habia llegado la hora de morir; pero con sorpresa escuché lo contrario: me dijo el de la barba larga que se interesaba por mi vida; que desde aquel momento respondia él de ella; y que al gobierno, para salvarme, se le habia contestado diciendo que no se pudo lograr mi captura á pesar de haber corrido varios meses en mi busca. Este rasgo es muy generoso, y sin embargo, yo no sé por qué no he sentido hácia este hombre, ni agradecimiento ni simpatía. ¿Se habrá cerrado mi corazon á la gratitud? Lo sentiria infinito. Pero no; mi corazon es leal y tierno... ¡Oh...! sí; á no serlo, me juzgaria indigno del amor de Inés....! ¡Qué estará haciendo en este

instante....? ¡Llorará por mí, como yo lloro sin descanso por ella....?”

Inés se enjugó algunas lágrimas, y continuó:

“Dia 1º de Mayo:—Hace nueve dias que no escribo: al acabar mi apunte del dia 23, entraron dos extrangeros á decirme que les siguiese, porque íbamos á emprender un viaje. Era de noche; obedecí, y me hicieron entrar en una litera. Quise sacar varias veces la cabeza para saber por dónde caminaba; pero me lo prohibieron los mismos hombres que habian ido por mí, y que marchaban uno á cada lado de la litera. De dia no haciamos alto en ninguna parte, y cuando se detenian á comer, me llevaba uno de ellos la comida á la litera, diciendo que no convenia que nadie me viese y me reconociera.

“Nada, pues, he visto del camino: ignoro por dónde me han traído y las poblaciones por donde hemos pasado. Esta noche, poco antes de que llegásemos al sitio en que me encuentro, oí que decian que era preciso encender hachas de brea, que traian en

abundancia; á poco ví, en efecto, al través del lienzo de la litera, la luz que despedían; luego sentí como que entrábamos en un largo callejon, por donde caminamos por espacio como de una hora; de repente hicimos alto; entró uno de mis cuidadores en la litera, me vendó los ojos, me agarró del brazo, y me hizo bajar cuarenta escalones que conté; en seguida marchamos otra vez derechos; entramos á la pieza en que ahora me encuentro, y me desvendaron, al mismo tiempo que me dejaban sobre una mesita de pino blanco una cena regular: "Este es el cuarto destinado á vd.," me dijo el de la barba larga; "de nada carecerá vd. por ahora sino de la libertad: ahí tiene vd. su cama, y puede vd. acostarse cuando guste; buenas noches;" y desapareció, cerrando tras sí la puerta con llave y cerrojo. ¡En dónde estoy....? ¡Qué se intenta hacer conmigo...? ¡Volveré á ver á Inés...! ¡Cuánto sufrirá la infeliz al carecer de noticias mías...!

"Dia 2.—¡Sin duda estoy en un calabo-

zo....! ¡No tiene la pieza en que estoy encerrado, ni ventana, ni parte alguna por donde entre la luz....! Esta me la envía una lámpara que está ardiendo constantemente sobre la mesa, y cuya opaca claridad le comunica un aspecto lúgubre á la húmeda mansion en que habito. El servicio del desayuno, la comida y la cena, me hace conocer el tiempo que transcurre lejos de la mujer que adoro....! ¡Yo que no podía vivir ni un instante lejos de ella...! ¡Ah, querida Inés....! ¡ángel de mi amor y de mi esperanza....! ¡Por qué me separé de tu lado la noche que me perseguían....? ¡Cuánto mas dulce me hubiera sido espirar, mirándote llorar por mi muerte, que vivir abandonado, solo, privado de la luz de tus divinos ojos en este antro de horror y de miseria....!"

"Hace un momento que entró á verme el hombre de la barba larga: me ha dicho que sus ocupaciones le impedirán verme con frecuencia, y ha recomendado que me traten bien. ¡Es en efecto mi salvador, ó mi verdugo....? ¡Lo ignoro....! Entre tan-

to, solo tengo corazon para amar á Inés, ojos para llorar su ausencia, mente para pensar en su cariño, y mano para escribir á todas horas su nombre....! ¡Adios, Inés....! ¡Adios, único bien que adoro sobre la tierra....!"

Inés se enjugó el llanto que corria por su celestial semblante, y siguió leyendo varias hojas que contenian recuerdos de amor hácia ella.

De repente se detuvo en un página que llamó altamente su atencion: su contenido era el siguiente.

"Dia 10 de Junio de 1840.—Acabo de descubrir lo que sospechaba: estoy entre malvados: acabo de oir la voz del hombre de la barba larga. Desde que estoy preso, solo me ha visitado ocho veces. Sin acordarse seguramente de mí, pronunció cerca de mi cuarto el nombre de Landeta: yo apliqué el oido á la puerta, y pude escuchar que hablaban de unas libranzas que habia cobrado, fingiendo la letra de éste girándolas á favor de un D. Ignacio Cabrera, en

cuyo nombre se habia presentado á cobrarlas en Guadalajara."

"Es un robo que ha hecho de treinta mil pesos, haciendo que el crimen recaiga sobre el inocente Cabrera, á quien sin duda la justicia castigará severamente, en tanto que el verdadero criminal goza de esa cantidad, insultando con su fausto la miseria de una familia á quien arruina. Sí; yo les he oido complacerse de haber hecho recaer las sospechas y echar la responsabilidad sobre ese inocente, y de asegurar que, por mas que se empeñó en justificarse, nunca lo consiguió, porque se le juzgó, por lo menos, como cómplice en el robo. Yo, pues, que estoy convencido de su inocencia; yo que he escuchado á estos malvados, y sé que ellos solos son los que han cometido ese delito, me apresuro á consignarlo aquí, por si algun dia cae este cuaderno en manos de alguna persona honrada que se interese por la honra del calumniado Cabrera."

A este punto llegaba del cuaderno, cuan-

do oyó la voz de Clotilde que, al retirarse á dormir, le daba las buenas noches.

Inés corrió á abrir la puerta enagenada de placer.

—Entra, hija mia, entra, porque tengo que darte una buena noticia.

—¿Cuál, madre mia?

—La justificacion de la honrada conducta del padre de Leopoldo.

—¿Cómo....!

—Era el único obstáculo que se oponia á tu union, y ese está ya destruido.

—¿De veras?

Exclamó Clotilde, brillando en sus ojos la alegría mas intesa.

—Míralo.

Dijo la hermosa Inés mostrándole lo que acababa de leer.

—¡Oh....! sí;—respondió Clotilde despues de haber recorrido las líneas que el lector conoce ya.—No hay duda; aquí está probada su inocencia; es preciso que mi protector sepa esta verdad que rompe el único obstáculo que me separaba de Leopoldo.

—Sí; lo sabrá.

—¿Ahora?

—No; lo sabrá mañana. Ha empeñado su palabra con Duval, y es preciso que yo tenga con él una entrevista larga que le haga cambiar de idea.

—¡Temo mucho que no lo consiga vd...!

—Es difícil, pero no imposible. Fué amigo íntimo del padre de Leopoldo, y al ver probada su inocencia, tal vez quiera reparar su falta uniéndote á su hijo.

—¿Olvida vd. que á Duval le debe hoy cuanto tiene, y que es imposible que corresponda retirando la palabra que le dió de hacerle dueño de mi mano?

—No, no lo he olvidado. La generosidad de Duval fué estudiada; fué el lazo con que le sujetó fuertemente; pero ese lazo se puede romper aún.

—¿Y cómo?

—No lo sé; pero tengo fé en que se romperá.

—¡Ah....! vd. me llena de esperanza y de consuelo!

—La Providencia vela sobre los buenos y los desgraciados.

—¿Pero el autor de ese escrito le merecerá entero crédito á mi protector?

—Sin duda alguna.

—¿Quién es?

—Mira.

—¿Ricardo Guzman.....!

—El mismo.

—¿Su amante de vd.....?

—Sí, hija mia; el amante que lloraba muerto.

—¿Vive?

—Ciertamente.

—¿En dónde está?

—Lo ignoro: ni él mismo lo sabe.

—No comprendo.

—Gime preso, sin que sepa á qué sitio le condujeron.

—¿Es posible?

—Lee los primeros apuntes del cuaderno, y te convencerás.

Clotilde fijó los ojos en los caracteres trazados en aquel interesante papel.

Inés, llena de júbilo y de dulces lágrimas, estaba á su lado escuchándola leer.

La cabeza de un hombre se dejó ver detrás de la vidriera del balcon que caia al jardin, sin que ninguna de la dos hermosas notase su aparicion.

—Están leyendo el cuaderno:—dijo para sí el hombre;—¿Lo habrá visto ya D. Emilio Landeta.....? ¡Ah.....! esos malditos que nos detuvieron para hablarnos de negocios, tuvieron la culpa de que no nos apoderásemos de ese cuaderno antes de que el mendigo lo pusiese en manos de Inés.

—El cielo se ha compadecido de nuestras penas;—dijo Clotilde despues de leer;—aquí está la esperanza de ambas, y la vindicacion del honrado padre de Leopoldo.

—Sí; la justicia de la inocencia y la acusacion del criminal.

—¿Y no cree vd. conveniente enseñárselo ahora mismo á mi protector?

—No, hija mia; esperemos á mañana.

—Como vd. guste.

—Bueno:—pensó el que escuchaba;—no lo ha visto aún D. Emilio: es preciso que

no lo vea; que yo me apoderé de él á todo trance.

—¿Te vas ya, hija mia?

Preguntó Inés, viendo que Clotilde se disponia á salir.

—Sí, madre mia, que ya es tarde; le dejo á vd. para que pueda entregarse libremente al placer que le debe inundar el alma en este momento.

—¡Gracias....!

—Hasta mañana.

—¡Adios....!

Exclamó Inés abrazándola y besándola en la frente: luego la acompañó hasta la puerta, donde se detuvieron otro instante, para hablar de su futura felicidad.

El hombre que espiaba detras de la vidriera, al verlas entretenidas, empujó con cuidado la puerta, entró de puntillas sin hacer ruido, y se colocó detras del pabellon de la cama.

Poco despues se marchó Clotilde.

Inés cerró con llave la puerta por donde ésta habia salido; en seguida hizo lo mismo

con la del balcon, y se quedó sola en su cuarto.

El que estaba oculto detras del pabellon, sacó la cabeza para observarla.

Inés tomó la vela; la puso en un lugar á propósito junto á la cabecera de la cama; se sentó en ésta á leer otro instante el cuaderno antes de acostarse: el hombre volvió á asomar la cabeza por detras del pabellon, y al verla enajenada en la lectura, salió sin hacer ruido, se colocó á la espalda de ella, sacó un pañuelo que agarró con ambas manos de cada punta, inclinó el cuerpo hácia la hermosa en aquella actitud, conteniendo la respiracion; Inés vió dibujarse una sombra en el papel, y cuando, asustada, iba á volver la cabeza, el hombre apagó la luz al mismo tiempo que le tapaba la boca con el pañuelo, amarrándoselo fuertemente.

La desventurada quiso gritar, pero no pudo: fué á hacer uso de las manos para quitarse el pañuelo, pero en el acto sintió que le sujetaban los brazos con un cordel

y que le quitaban el cuaderno que tanto amaba.

En aquel instante se escucharon ligeros golpes en la puerta por donde poco antes habia salido Clotilde.

El hombre se alarmó; guardó el manuscrito, y se dirigió hácia el balcon que daba al jardin para abrirlo y huir por él.

La oscuridad era completa.

Los golpes en la puerta que comunicaba con el interior de la casa se repitieron mas fuertes.

—Abra vd., querida mamá; soy yo que vengo por la llave de mi cómoda que he dejado olvidada sobre la mesa.

El hombre no acertaba en la oscuridad á abrir la puerta del balcon para escapar.

Insés no podia responder ni abrir á su protegida, porque estaba amarrada.

—¡Ah....! ¡si me cojen aquí soy perdido....!—Dijo interiormente y alarmado en extremo el asaltante:—¡Gracias al infierno que he dado ya con el resorte...!—continuó diciendo:—ya no hay cuidado.... me he salvado....!

Y al decir esto, abrió el balcon, salió apresuradamente por él, bajó al jardin, llegó á la pared que le cercaba, subió por una escala que habia colocado para entrar, y subido sobre la tapia se puso á recoger la escala para ponerla hácia el lado de la calle, y bajar por ella contento del éxito de su empresa.